

LA JURISDICCION Y LAS ASPIRACIONES DEL CLERO SOBRE LA ENSEÑANZA.

Señor, basta la contribucion de dinero y la contribucion de la sangre que todo Estado se ve en la necesidad de pedir á los ciudadanos para gobernarlos y defenderlos; no se añade á ella el impuesto de las creencias y de las costumbres cristianas en provecho del paganismo... impuesto que ninguna razon justifica, que ningun pretexto excusa, y que además todos los intereses sociales, el interés de la Religion, de la literatura y de la politica condenan.

(P. Ráulica al emperador Napoleon III, tercer discurso de su cuaresma, año de 1857).

I.

Importancia social y religiosa de la cuestion.—Necesidad de tratarla desde un punto de vista elevado y sereno.

De algun tiempo á esta parte se ha suscitado en España una cuestion que, atendida la influencia directa que su resolucion ha de ejercer en todos los ramos del espíritu individual y de la economía pública, bien puede calificarse de *cuestion fundamental*: es la cuestion de la enseñanza.

La enseñanza crea el hombre intelectual: el hombre además de hijo de familia es hijo de la escuela: así lo ha dispuesto Dios, que todo al hombre le viniera por la sociedad, el ser, la subsistencia, los intereses y las ideas.

La naturaleza de la enseñanza determina, pues, la naturaleza intelectual del hombre; de modo que la relacion del hombre y de la escuela es tan íntima y tan perfecta, que el carácter de la escuela necesariamente ha de reflejarse en él. La familia y la sociedad no participan menos de esta influencia. Insistir en este punto seria traducir lo que está en la conviccion de todos.

Solo en aquellas épocas y en aquellas regiones en que el hombre abatido por su propio embrutecimiento no ha tenido, ó no tiene otro móvil que la fuerza, la idea, hija de la enseñanza, no consigue el cetro de los sentimientos ni guia la sociedad por los senderos que á su destino la conducen.

Pero donde la idea, fuerza del alma, ha obtenido el lugar que le corresponde, que es siempre delante y sobre la fuerza, brusca idea del cuerpo, la propaganda de la idea es tan

importante como que propagar la idea es propagar la fuerza de la fuerza.

Propagacion de la idea es la enseñanza, y en este sentido enseñar es no solo crear el hombre, sino armarlo con un poder, mas fuerte que el de su naturaleza física, un poder invencible, pues se ha dicho con exactitud: *la idea no se mata*.

El Cristianismo, divina religion, establecida en la tierra para regenerarla, tiene su principio en JESUCRISTO, que es el *Verbo*, ó sea, la *expresion de la sustancia del Padre*: el Verbo es la sabiduría del Padre. La sabiduría de Dios, esto es, el Verbo divino hízose carne para comunicar á la carne la idea divina en lenguaje humano. El Verbo, sabiduría de Dios en la eternidad, se encarnó para ser enseñanza de Dios en el tiempo. Así, teniendo su principio en el Verbo, el Cristianismo procede de una enseñanza, es hijo de una enseñanza, pues el *Verbo* del Padre vino para ser la enseñanza del Padre. De ahí que los que siguieron al Verbo se llamaron *discípulos*: el Cristianismo tuvo desde el origen el carácter de una escuela: y á los mas escogidos discípulos, á aquellos que el Verbo destinó para continuar por dilatados paises y siglos su obra regeneradora les dijo: *Id y enseñad*. La enseñanza cristiana cambió la faz de la tierra.

JESUCRISTO restableció el poder de las ideas, ó mejor, lo estableció, pues en el paraíso el poder de la seduccion dominó el poder de la sabiduría; JESUCRISTO lo estableció enseñando al hombre á morir por la doctrina. Cuando millares de cristianos fueron alegres al patíbulo, vertiendo su sangre para no soltar sus convicciones, los tiranos antiguos pudieron convencerse que el día de la fuerza habia acabado; la sangre de los Mártires, reflejando su color de púrpura en las nubes arremolinadas sobre el imperio, fue la aurora risueña del gran día de la libertad del espíritu. A los piés de los tigres quedaban los cuerpos cristianos; pero sus ideas se elevaron cerniéndose sobre la atmósfera terrena, como sus almas puras, que á los purísimos ojos de algunos fue dado contemplar dirigiéndose al seno de Dios en forma de palomas.

El Cristianismo estableció, pues, el poder de la doctrina: desde entonces hasta la fuerza ha querido llamarse idea, y hasta los embrolladores del espíritu humano han pretendido diploma de maestros.

No nos toca aun marcar las distinciones entre la enseñanza cristiana y la que no lo es: bástanos consignar que la re-

volucion realizada en el mundo por el Cristianismo es debida á la enseńanza, para haber probado la trascendental importancia de toda cuestion que con la enseńanza se relacione.

Pocos hombres disfrutan de un talento bastante privilegiado para descubrir por sí mismos el juego sofisticado y las consecuencias funestas de ciertos principios y sistemas. El vulgo necesita la autoridad; espontáneamente busca una razon preclara en la que pueda no solo apoyar sus creencias, sino encontrar los elementos de sus convicciones. La mejor refutacion del principio fundamental del protestantismo, ó sea de la omnipotencia de la razon individual, es la observacion. Obsérvese el vulgo de los países protestantes: ¿qué resuelve en el protestantismo el simple creyente? Nada. El protestantismo está dividido en grupos, cada grupo tiene un maestro en su origen, y discípulos sacerdotes en su continuacion; el vulgo, indeciso, vacilante, sigue ya á unos maestros, ya á otros, pero siempre sigue: el vulgo constituye las sectas como los talentos constituyen la disciplina y formulan las doctrinas. Proclamando la libertad de la razon el protestantismo ha puesto una vez mas en evidencia la necesidad que tiene el pueblo de un magisterio que le guie y que le ilustre. La necesidad de ser enseñado.

Pero la variedad de magisterio fomenta la division de los espíritus. Sin una escuela materialista, el apasionado por los derechos de la materia veria reducidos á sí mismo sus esfuerzos: tal vez seria materialista; pero habria de serlo á pesar de las protestas de su conciencia, obligada á reclamar, pues no tendria siquiera el aparente refugio de las explicaciones sistemáticas, que jamás escasean al genio de la escuela.

No hay que pensar que sin la enseńanza sensualista desaparecieran los hombres groseros y carnales que sacrifican el imperio de la idea al de la sensacion; pero no hay duda que sin el apoyo de un sensualismo clásico el mal seria menos epidémico y las rectificaciones de conducta mas frecuentes: la escuela crea la conciencia del mal, como la depravada naturaleza engendra la inmoral conducta. Quizá Hoffman sea menos sensual y Locke menos materialista que sus respectivos discípulos; pero en calidad de doctores de escuela, Hoffman formula la razon al sensualismo y Locke al materialismo. Enseñar es convencer; convencer es radicar: raciocinar es justificar.

Toda revolucion, todo movimiento propiamente humano

procede de una idea: la idea es al hombre lo que á la nave el timon. La idea dirige, las masas ejecutan; propagar ideas es sembrar situaciones.

La cuestion de la enseńanza es, pues, la primera cuestion: toda cuestion práctica se resuelve en una cuestion teórica: la teoría no es práctica sino despues de haberse propagado: propagar es enseñar.

Así esta pregunta, ¿qué queremos enseñar á nuestros hijos? viene envuelta en la contestacion á esta otra: ¿qué queremos que nuestros hijos sean? La situacion del porvenir tiene su clave en la enseńanza de la actualidad.

Esta verdad es universalmente reconocida: la revolucion francesa reconoció su importancia: «Contamos la organizacion de la instruccion pública como uno de nuestros «principales y mas urgentes deberes,» decia el diputado Donnaire en la cámara de los Quinientos, y toda la Francia se hallaba tan vivamente preocupada y curiosa de saber el giro que la república daria á la organizacion de la enseńanza, que el dia 22 brumario del año VII de la república francesa decia Lamerveill, en la misma Cámara: «Sabeis «que á la mas insignificante palabra que sobre la instruccion «desde esta tribuna se pronuncie toda la Francia escucha «silenciosa. Todos esperan descubrir en nuestro comportamiento sobre esta cuestion los destinos futuros de la república.»

Y Guizot, político tan eminente en el ministerio como en la oposicion, cuando durante el reinado de Luis Felipe se suscitó la cuestion de la libertad de enseńanza, dijo: «Las «generaciones no esperan: ellas se suceden sin intermision «en las escuelas, y sin intermision salen de ellas para llevar «al mundo el bien que han adquirido, ó el mal de que se las «ha contaminado. *Todo es urgente en este negocio: no es lícito «perder un solo momento, pues cada momento tiene consecuencias irreparables, sean saludables, sean amargas.»*

Vale, pues, la pena de estudiar la cuestion de la enseńanza desde un punto de vista elevado: debemos colocarnos en una cumbre serena donde no lleguen las pútridas exhalaciones de las rencorosas banderías. El espíritu del hombre está sobre todos los intereses del tiempo y de la tierra: y la enseńanza es un derecho que el espíritu acredita de la sociedad. Como la madre debe leche al niño que ha concebido, así la sociedad debe al joven la doctrina, sin la que su espíritu no podria alcanzar su destino. Debemos,

pues, examinar, en el verdadero sentido de esta palabra, la índole y conveniencias de la enseñanza.

Ningun sentimiento mezquino ni egoista impulsa nuestra pluma: hasta hemos olvidado los ataques y alusiones de que fuimos objeto algunas semanas atrás; si nuestros adversarios nos hubieran opuesto razones, las hubiéramos recogido y atendido y sumado, y puestas en la balanza de una crítica imparcial, nos hubiéramos inclinado con ellas, si inclinado se hubiera su platillo. Desgraciadamente no se nos arrojaron razones sino sátiras y dieterios: los dardos no los recogemos. Recogiéndolos levantaríamos demasiado nuestra importancia personal, y quizá abajaríamos con exceso la de la causa por que abogamos.

Dios haciéndonos sacerdotes nos ha confiado la guarda de la dignidad humana: principio de esta guarda es la de nuestra propia dignidad. No seremos nosotros, con el favor del cielo, los que desmintamos esta frase de un célebre controvertista católico: «El sacerdote se inclina; pero no se «abaja.»

Pero esta misma dignidad, y la conservacion del prestigio que el sacerdocio necesita para realizar su mision social, exigen que reivindiquemos noble y cumplidamente á nuestra clase de los cargos dirigidos respecto uno de los puntos mas directamente afectos al ministerio que el cielo le tiene confiado.

Se han perturbado por completo las ideas acerca de *la jurisdiccion y las aspiraciones del clero sobre la enseñanza*: unos han presentado el sacerdocio ávido de monopolizar la enseñanza de todos los ramos del saber humano; otros, suponiendo en él menos valer y mas mezquino espíritu, sostuvieron que no es la ciencia sino la ignorancia la que desea proteger y fomentar; unos han dicho: «el clero denuncia ideas anticatólicas que no han sido verdidas;» otros: «el clero se extralimita condenando la expresion de ideas que, hijas de la libertad del pensamiento, son tan legítimas como las católicas.»

Es decir que en la gran cruzada levantada contra el clero católico se notan dos bandos perfectamente distintos: el de los que conceden al clero el derecho de denunciar las extralimitaciones doctrinales, aunque niegan la existencia de las que el clero denuncia; y el de los que conceden la extralimitacion denunciada, aunque niegan en el clero el derecho de reclamar contra ninguna expresion de pensamiento: los pri-

meros niegan el hecho extralimitacion y afirman el derecho reclamacion; los segundos niegan el derecho reclamacion y afirman el hecho extralimitacion.

Esta disidencia tan trascendental en el campo de nuestros adversarios mejora mucho nuestra posicion: los tiros que nos dirigen los que niegan en el clero la facultad de reclamar contra las extralimitaciones, que no niegan, hieren, mas que á nosotros, á los que sustentan nuestro derecho impugnando su aplicacion actual.

El honor del clero quedaria perfectamente vindicado con emitir algunas consideraciones acerca del particular; pero abundantes en razones, queremos ser generosos en dispensarlas respecto de un asunto, en cuyo debate ha de brillar precisamente el desinterés, la fidelidad, la consecuencia y el carácter del clero católico.

Examinarémos por principios, aunque con la brevedad exigida por la índole de un folleto, la cuestion de la enseñanza.

El clero tiene en ella derechos que no puede renunciar, porque ante Dios y ante la sociedad católica reunen el carácter de deberes: renunciar su jurisdiccion seria dispensarse de su mision: el clero no aspira ni á renunciar su mision para aligerarse de un deber, ni á aumentar sus deberes para acrecentar sus derechos.

II.

La enseñanza considerada bajo los diferentes respectos religioso, científico, político y literario.

El espíritu humano, nacido de aquel soplo que el Criador infundió en el rostro de Adán en el paraíso, encierra un principio de fecundidad, gracias al que el hombre, por él animado, viene á ser semejanza perfecta é imágen acabada de Dios. Uno de los mas gloriosos atributos de la Divinidad es la virtud de la creacion; de la que puede llamarse una especie de destello la facultad inagotable que posee el espíritu de manifestarse en variedad de formas, y por lo tanto, de revelar fuera de sí con obras multiplicadas la unidad misteriosa de su existencia. Rey de la creacion, el hombre recibió del Criador capacidad suficiente para examinarla toda, y para recibir como el tributo y homenaje que todas las partes del universo prestan á su soberanía. La contemplacion de este

conjunto de excelsas obras, que constituyen la creacion material; la contemplacion de estos cielos, en cuya inmensidad la vista del hombre se pierde, cuyas leyes su inteligencia no concibe; en fin, de esta obra, cuyas dimensiones materiales no están en proporcion con los nueve palmos de altura que el hombre mide, y cuyo orden supone una ciencia precedente y un poder excedente al suyo, le evidenciaran la existencia de un poder, de una sabiduría y de un orden sobrenatural, aunque menos generoso con él el Criador no se hubiera dignado ostentarle su rostro soberano y dirigirle su palabra divina: la palabra de Dios y la contemplacion de sus obras colosales dieron origen á las investigaciones y á la ciencia de lo sobrenatural: los principios de la ciencia religiosa, cuya necesidad la naturaleza atestiguaba, fueron echados en el espíritu humano por la autoridad de Dios; religiosa fue, pues, la primera enseñanza que el hombre recibió, y nada mas precedente que esto: el hombre al salir de la nada se encontró formando parte de un gran todo; la necesidad que naturalmente debia satisfacer era darse cuenta de esta pregunta: ¿qué relaciones me ligan con toda esta familia de seres? ¿qué papel debo representar en este vasto teatro, cuya inmensidad desconozco? La enseñanza religiosa fue, pues, su primera necesidad.

La contemplacion de sí mismo hubo de ser su segunda é inmediata tarea: el hombre se presentó á su propia imaginacion, y hubo de preguntarse, ¿quién soy?—necesitó la ciencia psicológica, principio y base de muchas otras ciencias. El Criador no quiso derramar menos luz sobre los principios del ser y de la constitucion del hombre, que sobre la verdad y carácter de sus relaciones con el gran todo: quiso que el hombre se viera todo entero en el espejo moral que en su interior colocó, y al que, muy filosóficamente, atendido su destino y sus efectos se le dió el nombre de *conciencia*. La conciencia revela al hombre su propia razon, y la razon le atestigua de una manera indudable la duplicidad de sus elementos constitutivos. Estos son los principios de la ciencia humana: como negarlos seria negar el hombre, Dios los ha hecho tan evidentes, que ya se califica de delirio su ignorancia ó su transgiversacion. Pero estos principios son susceptibles de desarrollo, y en esto consiste la ciencia progresiva ó alternativa del ser humano. El hombre debe recibir una enseñanza psicológica.

Además del estudio de Dios y del ser humano, ofrécele

al hombre vasta é inagotable materia la consideracion del conjunto de cosas llamado universo: sus innumerables seres divídense en dos grandes clases, cada una de las que tiene en el hombre su directa correspondencia: seres materiales que corresponden con los sentidos, y existencias espirituales que se corresponden con su espíritu. La admision de estas dos grandes clases, proclamadas por los sentidos y la razon del hombre, es el principio de la ciencia del universo: de tal modo que así el que niegue la existencia de la materia como el que niegue la existencia del espíritu niega medio universo. El idealismo y el materialismo no pueden aspirar á darnos la ciencia universal. Exige esta la unánime cooperacion de la ciencia moral y de la ciencia física.

El orden, peso y medida que se notan en el sistema admirable de la creacion ha hecho posibles las ciencias matemáticas, que vienen á despejar, con la exactitud de un cálculo fundado en datos innegables, interesantísimas incógnitas. La ciencia matemática sanciona la variedad de existencias por el Catolicismo proclamadas: ella acepta la unidad como á base de sus operaciones: ella admite la cantidad y trata de la cantidad; la cantidad es variedad de unidades: admitiendo, pues, la unidad y la cantidad, las matemáticas confirman la multiplicidad de existencias; sus fórmulas son esencialmente antipantefísticas; diciendo $1 + 1$, reconoce la posibilidad de varias autonomías, y sentando problemas respecto á varias cantidades admite relaciones íntimas é indefectibles entre ellas: las matemáticas confirman el orden providencial.

Otro ramo de saber humano existe y no el menos importante. La multiplicacion de los individuos ha constituido el público: ¿cómo debe desarrollarse la vida pública? Esta cuestion es el principio de grandes investigaciones: los sistemas políticos tienen por objeto fecundar y encaminar este desarrollo. La direccion social, la clasificacion de los individuos, los medios y fórmulas con que han de contribuir al bien y aprovechamiento comun; lo que representan los individuos y el valor de las colecciones, hé ahí los puntos cuya dilucidacion constituye la ciencia política. La política es la ciencia de las relaciones justas entre la libertad individual y la colectiva, entre la libertad y la autoridad. Dios ha derramado sobre los principios de la vida política un destello de luz semejante en su intensidad al que alumbrá los principios de la vida humana: siendo el hombre igual al hombre,

la variedad de hombres no puede engendrar variedad de conciencias: si el hombre es un ser relacionado con el universo y con su autor, no puede dejar de relacionarse con el autor del universo y con su obra la sociedad, que es la suma de los individuos; la suma no modifica el ser de las unidades. Tenemos, pues, que la ciencia política no es la ciencia de las relaciones de la sociedad con Dios, ni de la naturaleza de la humanidad, ni de la del universo; es política extralimitada toda aquella que se apoya mas ó menos directamente en una negacion teológica, psicológica ó física: cada una de estas ramas principales de la economía universal cuenta una ciencia particular: no hay política afirmativa posible que no admita los principios fundamentales de las tres ciencias que con aquellos ramos se relacionan; sobre el ateísmo, el panteísmo y el idealismo ó materialismo no puede basarse sino una política negativa, la que no puede llamarse ciencia. La enseñanza política es una necesidad social.

Profundamente relacionada con la ciencia de que acabamos de hablar está otra que se llama economía política. Esta tiene por objeto ordenar y explotar los intereses como el de aquella es ordenar y armonizar los hombres: la primera es la ciencia del gobierno, la segunda es la ciencia de la administracion: la ciencia política supone derechos, la economía política supone propiedades; una y otra buscan la justicia y la perfeccion. El progreso de las ciencias políticas y económicas consiste en formular combinaciones que mejoren á la vez el respeto de los derechos y el estado de los intereses individuales y sociales. Mejorar la situacion del pueblo sin menoscabar la del ciudadano es el problema final de la economía y de la política. Existe, pues, y es necesaria una enseñanza económica.

El hombre, cuya perspicaz razon domina el conjunto de ciencias que venimos de enumerar, necesita un medio para expresar las ideas que concibe ó recibe sobre cada una de ellas, necesita la literatura. La literatura es susceptible de variedad de formas; no solo es un recurso indispensable á la comunicacion del individuo con la sociedad, es tambien un medio de ostentar el hombre con gala las inagotables riquezas de su espíritu: es la literatura la mas elocuente manifestacion de que el espíritu humano resume todos los fenómenos del universo; por la literatura poética reproduce los mas encantadores episodios del mundo físico; por la litera-

tura histórica resucita y perpetúa la vida de los pueblos y el carácter de los hombres; por la literatura religiosa hace visibles la infinita variedad de sentimientos elevados, inmensos como el Dios que los inspira y hácia el que se dirigen.

La literatura es, pues, una expresion científica ó poética de las convicciones y de los sentimientos del hombre; sentimientos y convicciones que la literatura propaga, pero no crea, sino en las formas de su expresion; su realizacion ó formacion depende de las ciencias: la literatura no es, pues, una teología, ni una filosofía, ni una política, ni una economía: no le incumbe, pues, negar ni afirmar; es la expresion de las afirmaciones ó negaciones establecidas por la economía, por la política, por la filosofía, por la psicología y por la teología. La enseñanza literaria es una exigencia de la civilizacion.

III.

La libertad de enseñanza. — Sus limites, su extension. — En qué sentido es absurda, en qué sentido es racional.

Los partidarios entusiastas de la libertad de enseñanza nos permitirán que por un momento aceptemos el derecho que nos confieren, y que en virtud del mismo les comuniquemos algunas consideraciones que el exámen de su principio nos sugiere. Ante todo digamos algo sobre la raíz que atribuyen á la libertad de enseñanza: «La libertad de enseñanza, dicen, «radica en la libertad de pensamiento: el pensamiento es «libre, luego debe serlo la enseñanza.»

En nuestro concepto el sistema flaquea en su base: señalemos por dónde. «El pensamiento es libre,» se dice: psicológicamente es cierto; prescindiendo ahora del carácter moral que puede involucrarse en esta palabra libertad, es un hecho que el pensamiento del hombre no reconoce valla; el hombre piensa el error y la verdad, lo exacto y lo inexacto, el sí y el no de una misma cosa: «el pensamiento es libre,» concedido; «luego debe serlo la enseñanza,» negado. La enseñanza no emana inmediatamente del pensamiento, sino de la ciencia; y como la ciencia está subordinada á determinadas leyes, así la enseñanza debe estarlo.

La ciencia ¿es menos libre que el pensamiento? No hay duda: sobre la ciencia está la razon; la razon es la autoridad

científica: el hecho de ofrecerse en el pensamiento el sí y el no de una misma cosa, coloca fuera de duda que ha de haber una autoridad que acepte la afirmación y rechace la negación, ó vice versa; siendo libre el pensamiento, presentará en un mismo día, quizá en una misma hora, combinaciones diversas y contradictorias: ¿en qué combinación residirá la ciencia? ¿quién lo decide? La razón del hombre. ¿Y cómo conoce la razón del hombre que tal combinación es verdadera con preferencia á tal otra? Aplicándole las leyes inmutables del raciocinio. Así, pues, por más que el pensamiento sea libre, no es libre la ciencia, la cual está por necesidad subordinada al exámen de la razón, como la razón lo está á los principios y á sus leyes.

El hombre ha pensado unas veces: «soy,» otras veces: «no soy;» hasta aquí la libertad de pensamiento. Descartes ha dicho: *Pienso, luego soy*; hé ahí la ciencia. La ciencia es, pues, el pensamiento examinado y aprobado por la razón ilustrada por un criterio sobrenatural ó guiada por sus naturales leyes. La libertad absoluta de la ciencia es un absurdo: siempre será absurdo decir: sé que $2 + 1 = 4$.

Demostrado que el pensamiento no es inmediatamente el principio de la enseñanza; demostrado que enseñar no es decir pienso, sino «sé,» ó á lo menos, «estoy convencido;» demostrado que la enseñanza se funda en la ciencia; demostrado que la ciencia no es libre, debemos tratar de los límites en que se encierra la libertad de enseñanza.

Obsérvese que siempre nos referimos á la enseñanza científica; pues si quiere llamarse enseñanza la expresión de conceptos aislados y de sistemas contradictorios y absurdos; y si quiere llamarse libertad la posibilidad de esta expresión, entonces reconocemos que la enseñanza es libre, y dejamos á nuestros adversarios la tarea imposible de probar las ventajas que al progreso de la humanidad lleva la proclamación de la libre entrada del absurdo. Nosotros tratamos de aquella libertad que ejerce el hombre salvando los derechos, las existencias y el orden; tratamos de aquella enseñanza que procede del exámen, por ser ella sola la que, radicando en el espíritu, es digna del hombre.

En virtud de estos principios, la negación del hombre, la negación del universo, la negación de las relaciones existentes entre el universo, el hombre y el Criador de todo; la negación de los principios de justicia política y económica, como la ley social y la propiedad individual, en fin, la ne-

gación de los principios físicos y morales en que se basa la economía del universo, y de que á propósito hemos hablado en el anterior capítulo, son límites indispensables á la libertad de enseñanza: los pensamientos, más ó menos sistematizados, que traspasan estos límites, son absurdos, porque contradicen las nociones generalmente admitidas por la humanidad y los principios más evidentes de nuestro ser.

Y en esto aceptamos la responsabilidad que nos atribuye un escritor contemporáneo: «Sobre tales ó cuales materias, «dice, negais posible cuestión alguna¹;» sí, para nosotros el ateísmo, el panteísmo, el materialismo y el idealismo están universalmente fuera de cuestión. No que neguemos que pueda haber pensamientos ateos, panteístas, materialistas é idealistas; pensamientos puede haberlos, ciencia no.

Es decir, nosotros afirmamos que el género humano sabe ya algo, y lo sabe de una manera indefectible: unas cosas se las ha enseñado la revelación, y otras la razón; y las cosas de la revelación son las más esencialmente racionales. Nosotros afirmamos que el género humano sabe algo; y por lo tanto que existen dogmas teológicos, dogmas psicológicos, dogmas políticos y dogmas morales que racionalmente no pueden negarse. La ciencia y la duda se excluyen. Los que sientan por principio la libertad de cuestionar de todo, establecen el principio de la duda universal, de la que se enajenan la esperanza de salir. Se condenan á dudar de todo y se resignan á dudar siempre. No llega á tanto nuestra resignación.

La libertad absoluta de enseñanza, suponiendo la absoluta falta de ciencia, no es ni puede ser una fórmula de progreso: si de todo podemos discutir, señal que nada hay definido; si nada hemos logrado definir durante los seis mil años de vida intelectual y moral, ¿dónde está nuestro progreso? Si nada sabemos hoy, ¿podíamos saber menos que hoy el primer día? Y desde el primer día que lució sobre la frente del hombre, ¿cuántas épocas han pasado de libertad absoluta de enseñanza, ó mejor, de expresión libre de las ideas! Si todo es, pues, discutible, todavía no ha nacido la ciencia; en tal caso nos parecen bastantes seis mil años de espera; y nos creemos con derecho suficiente para desesperar de que una nueva época de libertad sea más fecunda que las épocas anteriores.

¹ D. Ceferino Treserra, *Carta á los doce reverendos presbíteros*.

En nombre, pues, de la dignidad del género humano rechazamos la idea de que la libertad absoluta de la enseñanza es una fórmula de progreso, consignamos y sostenemos que convenir en que la enseñanza es libre, equivale á afirmar que no existe ciencia, ó á dar á la ciencia un bochornoso desprecio.

Podemos apoyar nuestra convicción sobre el particular en un escrito de una pluma tan autorizada como Pascal: «El hombre, producido para lo infinito, pasa en la ignorancia á la primera edad de su vida; pero se instruye sin cesar en su desarrollo, pues recoge abundancia, no solo de su experiencia, sino de la de sus predecesores: conserva en su memoria los conocimientos que una vez ha adquirido, y se aprovecha de los que sus antecesores le legaron en sus libros. Y con la misma facilidad con que conserva sus conocimientos, los aumenta; de tal suerte que los hombres se encuentran hoy en el estado en que se encontrarían los antiguos filósofos si hubieran podido prolongar hasta hoy su longevidad, cuando á los conocimientos que poseían hubieran añadido los que en el decurso de tantos siglos consiguieran. De ahí que por particular prerogativa no solo cada hombre progresa de día en día en las ciencias, sino que el conjunto de los hombres realiza un continuo progreso á medida que el universo envejece, puesto que lo que acontece en las edades sucesivas del hombre, acontece en las generaciones sucesivas de la humanidad. Así toda la serie de generaciones que han poblado el período de tantos siglos, debe considerarse como un solo individuo que permanece siempre y siempre aprende...¹»

Pues bien, progresar en una ciencia es despejar sus incógnitas y solventar sus cuestiones: si la ciencia humana ha progresado, por precisión ha de haber materias sobre las cuales no es posible cuestion alguna.

Pero no deja de extrañarnos la idea que algunos autorizados órganos de la moderna sociedad conciben y enseñan del progreso científico: la Iglesia católica elimina la posibilidad de ciertas cuestiones despues de haberlas definido; existe una escuela anticatólica que las elimina solo porque su solución la embaraza. Hé ahí lo que se halla escrito en la *Revista de ambos mundos*, perteneciente á julio de 1853:

«La ciencia moderna aventaja en modestia á la antigua.

¹ *Pensées de Pascal*, suplem. 1 part., 1 art.

«Ella no busca LO ABSOLUTO, tan difícil de encontrar; ella se da por satisfecha de examinar las relaciones mas accesibles á las inteligencias. Así yo ignoro cuál es la esencia de la sustancia material, mas comparo la materia á un peso dado, al gramo, por ejemplo, y digo: tal cuerpo pesa tantos gramos y miligramos. Me es desconocida la esencia del espacio, mas mido el espacio á mi gusto, la tierra entera, la Francia, París, en kilómetros y metros. Tampoco conozco lo que es en sí el tiempo, mas puedo decir que tal período dura tantos segundos, considerando por segundo la 86000.^a parte del día, cuyo período es invariable. Yo no sé lo que en sí mismo es la fuerza mecánica y el movimiento, mas yo aprisiono el vapor y mido su elasticidad para mover mas tarde masas enormes.»

Por clara que sea esta manifestación de que la ciencia abandonada á sí misma ha emprendido un movimiento de retirada, lo superan en mucho las siguientes líneas con que Proudhon desarrolla la idea de *La Revue*: «El primero que con el sistema de la inducción invitó la ciencia á buscar la verdad, no ya en la sustancia inobservable, sino en las relaciones observadas de los fenómenos, fue Bacon; Descartes recomendó fundar clasificaciones exactas en las mismas relaciones; Montesquieu definió la relación de las cosas; la francmasonería simboliza la razón en el compás, el nivel y la escuadra, y la personifica en el gran Arquitecto; Comte constituye á la relación base de su positivismo, y excluye en su nombre la metafísica y la teología; Mr. Cournot asigna por único objeto de la filosofía indagar la relación de las cosas; en fin, Bobinet, idóneo testigo, atribuye exclusivamente al certificado de las relaciones los inventos y progresos de la ciencia moderna...»

«El principio de Bobinet es, pues, irreprochable, no vacilo en adoptármelo por propio. Lo único que en todas las cosas hay accesible á nuestras inteligencias son las relaciones; en cuanto á su naturaleza, en cuanto á su ser nos es imposible dominarlo. Ocuparse de esto es hacer ostentación de un genio anticientífico¹.»

Por donde se ve que para Proudhon hay materias sobre las cuales no es posible cuestion alguna; pero Proudhon y la escuela racionalista rechazan las cuestiones sobre materias difíciles. Los católicos solo rechazamos las cuestiones sobre materias definidas.

¹ *De la justice dans la révolution*, tome deuxième.

¡ Cosa particular ! Nosotros, á quienes se nos presenta como tercos en rechazar la existencia del progreso humano y como enemigos de su desarrollo, somos los que ocupamos la primera fila cuando se trata de defender los principios de la existencia y de la continuidad del mismo progreso.

Se nos dice: sois retrógrados, porque sostenéis que hay materias *sobre las cuales no es posible cuestion*, cuando en buena lógica no hay una afirmacion mas elocuente del progreso como sostener que hay ya cuestiones solventadas. Si todo es cuestionable, la duda impera sobre todo: la duda es el caos: vosotros, pues, que decís: sobre todo hay cuestion, decís en sustancia: todo es caos, la luz no ha sido hecha todavía. Vosotros sois mas pesimistas que nosotros. Segun nosotros hay ya luz; luz constituida por las verdades definidas y descubiertas. Vosotros, sosteniendo la libertad absoluta de la enseñanza, sostenéis la libertad de extender de nuevo tinieblas sobre los campos que la luz alumbraba. Nosotros, pues, tenemos mas respeto que vosotros al progreso realizado y mas amor que vosotros al progreso venidero. Truéquense los nombres, y cada grupo ocupará su correspondiente posición.

«Lo que nos falta es la solucion de media docena de cuestiones, á las que el Cristianismo contestaba y que en la actualidad nadie se cuida de solventar; y la importancia de estas cuestiones es tal, que es necesario absolutamente á las naciones y á los individuos tenerlas por completo conocidas y solventadas, si han de organizar su vida y crearse un sistema de conducta. ¿Cómo quereis que personas que ignoran cómo y á qué fin se hallan en la tierra sepan lo que deben hacer de la vida? Y si ignoran el uso de la vida, ¿cómo conocerán el modo de constituir, organizar y reglamentar la sociedad? La ignorancia del destino del hombre envuelve la del destino de la sociedad, y si ignorais el destino de la sociedad, ¿cómo podréis organizarla en conformidad al mismo?» El filósofo Jouffroy ha escrito las anteriores líneas, en su *Curso de derecho natural*.

Reasumamos: los límites de la enseñanza son las afirmaciones de la ciencia: la ciencia no abriga género alguno de duda sobre la existencia del Criador y rector del mundo; sobre la existencia del hombre, ser dotado de conciencia y razon; sobre la existencia de un universo compuesto de seres espirituales y materiales; sobre las relaciones del hombre con el universo; sobre la existencia de una justicia so-

cial. Hé ahí las primeras materias sobre las cuales afirmamos que no hay cuestion; y atiéndase que no solo no la hay entre católicos, sino tampoco entre protestantes, y en general entre hombres dotados de criterio y sentido comun.

Los filósofos cristianos tenemos otra coleccion de materias ya definidas por nuestra teología: sobre ellas tampoco hay cuestion. No debemos ocuparnos de ellas por ahora: basta lo dicho para que se reconozca que el principio de la libertad absoluta de enseñanza es un absurdo.

Salvados los principios de la ciencia universal, nosotros admitimos la diversidad de métodos para desarrollarlos. Vasto es en verdad este campo que resta al hombre para ejercitar su libertad; campo que es mas fecundo cuando tiene echados los principios, de los que deben salir las deducciones científicas, como las espigas salen de las semillas. Y como en la economía agrícola lo primero que interesa es buscar semilla, sin la cual todo cultivo es inútil, así en la economía intelectual el primer paso debe ser buscar principios, y obtenidos estos, y solo despues de haberlos obtenido, empezar su metodizacion ó sistema. Y ya que hemos empezado á usar esta comparacion, permítasenos que la sigamos un momento mas.

Conforme á lo que acabamos de manifestar, la semilla es el objeto del cultivo, el método del cultivo depende mucho de la cualidad de la semilla; los frutos corresponden á la semilla, de modo que para coger trigo nadie sembrará cáñamo. La semilla es, pues, una especie de pauta del cultivo y definicion del fruto, de tal manera que el labrador, al ver una semilla, sabe ya el cultivo que le corresponde, y tiene en ella definido el fruto que su cultivo producirá. Pues bien, para que una ciencia se cultive ó metodice eficazmente, es necesario que se posean principios definidos de la misma, á fin de que, teniendo una definicion clara como punto de partida, no se vaya á tientas en el desarrollo de su método. Y así como la agricultura no puede modificar la calidad y las condiciones esenciales de la semilla, tampoco la ciencia puede modificar la razon y la virtud de los principios; las cuestiones agrícolas empiezan en el método del cultivo; las cuestiones científicas no pueden empezar antes del método de los sistemas; en la ciencia como en la agricultura hay materias sobre las que la libertad humana no tiene jurisdiccion; estas materias son: en agricultura las semillas, en ciencia los principios.